

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra, y reposó el día sétimo. Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

(GEN. CAP. II, VERS. 2 Y 3)



Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la Ley de Dios.)

CINCO PANES Y DOS PECES.

Uno de los pasajes más bellos, más tiernos y edificantes que tanto abundan en la historia evangélica, es la multiplicación de los cinco panes y dos peces. Subió Jesucristo á un monte acompañado de sus discípulos y viendo que no tenían alimento en aquella soledad para socorrer á más de cinco mil almas que por espacio de tres dias le habían seguido sin acordarse de sus necesidades, dijo á los doce. *Misereor superturbam.* Me compadezco de esta gente. Hace tres dias que me siguen. Si los enviamos en ayunas, desfallecerán en el camino. Ya sabia Jesucristo lo que habia de hacer, pero preguntó á Felipe á fin de probarle: ¿Dónde compraremos panes? Doscientos denarios no bastarían para dar á cada uno un poco de pan, respondió el discípulo. Aquí hay un muchacho, dijo Andrés, que trae cinco panes de cebada y dos peces; pero ésto ¿qué es entre tantos? Así habla la poca fé; pero está allí Jesús obrador de prodigios y habrá pan para que

todos coman hasta saciarse. Dijo, pues, el Salvador á sus discípulos: Haced que los hombres se sienten. Estaba cubierto de yerba aquel lugar. Habiéndose recostado sobre la verde alfombra aquella multitud de gentes en número de cinco mil, tomó Jesús los panes, y habiendo dado gracias los distribuyó, lo mismo que los peces cuánto querian. Y así que se hubieron saciado, dijo á los discípulos: Recoged los pedazos sobrantes para que no se pierdan. Hicieronlo así, y llenaron doce canastos con los fragmentos de pan y de peces que habian sobrado. Admiradas las gentes del prodigio decian: Verdaderamente que este es el profeta que ha de venir al mundo. Mas Jesús, habiendo conocido que iban á levantarse para hacerle rey, huyó al monte y se ocultó en la espesura.

Encargado el Sacerdote de distribuir entre los fieles el pan de la divina palabra, debe vestir entrañas de compasión á proporcionar con amorosa solicitud á los hambrientos y fatigados, alimento y refrigerio para que

no desfallezcan en los caminos de la vida.

El sentido moral de los cinco panes de cebada y de los dos peces será en esta ocasión delicado y sabroso manjar para los sanos y para los enfermos, para los débiles y para los robustos, para los que andan sin desmayo por el camino de la virtud y para los que marchan como ciegos de precipicio en precipicio, expuestos á caer como insensatos en los eternos abismos.

Unos y otros lo han menester; los que son buenos, para hacerse mejores, los que son malos para hacerse buenos, los que están en pié para que no caigan y los que han caído, para que se levanten.

Cinco son los panes con que podemos alimentar nuestro espíritu; panes de vida y de inteligencia, necesarios para caminar sin desfallecimientos por el desierto de este mundo hasta el monte de la gloria donde Jesucristo glorificado se sienta á la diestra de su Padre. ¿No es la memoria de la muerte uno de los panes con que debemos alimentarnos de día y de noche? El justo se nutre con el pensamiento de la muerte y por eso sus caminos son rectos. Camina de virtud en virtud, y dispone en su corazón sublimes ascensiones para elevarse desde este valle de llanto y de dolor á la cumbre de los montes eternos, donde reina la paz, la alegría y el contento. Florece como el lirio y se multiplica como el cédro del Líbano; cargado de frutos como el árbol planteado junto á la corriente de las aguas, exclama como el Apóstol: *Cupio dissolvi et esse cum Christo*. Deseo morir y estar

con Cristo. El pensamiento de la muerte apaga el fuego de las pasiones, ahoga los gérmenes del vicio, y mata el hambre de los goces terrenos. Nadie sale peor que entró de esta escuela de la muerte. Si entras iracundo, sales manso, si entras soberbio, sales humilde, si entras avaro, sales limosnero, si entras lascivo, sales casto, si entras tibio, sales fervoroso, si entras pecador, sales justificado. El justo bendice á la muerte, la llama, la desea como un bien que ha de ponerle en posesión de todos los bienes. La bendice como bendice el esclavo la mano que rompe sus cadenas, como el naufrago la tabla que le conduce á la playa, como el desterrado la voz que le llama á gozar las delicias de la patria.

La tememos porque no la miramos de frente, porque no queremos alimentarnos de su memoria, porque no tenemos fé, porque su idea nos molesta, nos importuna, nos amarga, nos espanta y nos hemos propuesto olvidarla en medio del bullicio del mundo y de sus placeres. Es un pan áspero y amargo al paladar del pecador el pensamiento de la muerte porque pone ante sus ojos los desórdenes de su vida y el abismo que se abre bajo sus piés donde se hundirá irremisiblemente sino retrocede en sus malos caminos. Pan áspero es la muerte, pero saludable y eficazísima medicina para curar las dolencias del corazón, antídoto maravilloso, preservativo, admirable contra el pecado y fuerza invencible contra los ataques del enemigo, según está escrito: Acuérdate de los novísimos y no pecarás. Fácilmente desprecia los bienes terrenos

el que piensa de continuo que en breve ha de morir. La muerte es una escuela donde se aprende la ciencia de la vida y el arte sublime de convertir en oro de virtudes y merecimientos el duro metal de las miserias y tribulaciones, vestidura inseparable de nuestra flaca naturaleza. El pensamiento de las miserias presentes, cuando reconocemos la causa de todas ellas, que es el pecado, cuando nos confesamos culpables delante de Dios, cuando repasemos en la amargura de un corazón contrito y humillado los desórdenes y extravíos de nuestra vida, este pensamiento es otro pan áspero y amargo, pero que tiene maravillosa virtud para matar en nuestro corazón el amor desordenado de las cosas terrenas y encender con viva llama el amor de las cosas celestiales. Por eso decía Job, que estaba saciado de este pan amarguísimo: *Todet animam meam viste mee.* Me canso ya de vivir. ¿Quién no desea abandonar este suelo ingrato, sembrado de espinas, cubierto de abrojos que se clavan frecuentemente en nuestro pobre corazón? ¿Quién no procura salir de este destierro, regado con nuestras lágrimas, ensordecido con nuestros lamentos, para vivir eternamente en la patria de las alegrías?

Otro pensamiento debe ocuparnos con frecuencia y es el tercero de los panes de cebada con que el espíritu recobra la salud y repara sus fuerzas para caminar animoso hácia la patria de su eterno descanso. El recuerdo de nuestros pecados, si el dolor le acompaña, si nos pesa verdaderamente de habernos deshonrado con acciones impuras y vergonzosas, si

contritos y apesadumbrados nos volvemos á Dios como hijos pródigos, nos allanará el camino de la rehabilitación y nos devolverá la estola de la gracia, el anillo de su amistad, el glorioso timbre de hijos suyos y el derecho á las riquezas de su casa. Hemos pecado y no hay otro remedio que las lágrimas de la penitencia, el trabajo de la penitencia, el pan del dolor y de la aflicción que es el quinto de los panes ofrecidos á nuestra alma para su salud eterna. El manjar del pecador arrepentido dice Ezequiel (1) tendrá cierto peso porque según el peso de la culpa debe ser el peso de la penitencia. ¿Qué falta ya al hombre para su completa salud sino comer el quinto pan que se le ofrece generosamente en este monte de la Iglesia, donde vive Jesucristo, Señor y providencia del mundo? Robustecido con la doctrina evangélica, alimentado con los saludables pensamientos de la muerte, de las miserias presentes, de la penitencia y expiación de sus faltas, se encuentra necesitado de otro pan amargo ciertamente, pero indispensable para no desmayar en el camino de la virtud: es el conocimiento de su flaqueza.

Melquisedech, que representa á Jesucristo, ofrece este pan al vencedor Abraham que representa al hombre justo cuando vuelve victorioso de los cinco reyes, á saber: de los cinco sentidos, y para que no se envanezca de su triunfo, le ofrece el Señor un pan vivo, generador de la humildad, el pan del propio conocimiento. Así vigilamos y oramos para no caer en la tentación. Porque conocedores de nuestra flaqueza, sabiendo que no so-

(1) Cap. 4.

mos capaces de tener por nosotros mismos ni un buen deseo, ni siquiera un pensamiento saludable, desconfiamos de nuestras fuerzas y acudimos humillados á Dios, de quien procede todo don perfecto, todo auxilio oportuno y toda gracia suficiente y eficaz en el órden sobrenatural y meritorio de las eternas recompensas.

Amargos son los panes con que debemos alimentarnos en el desierto de la vida presente; amarga es la memoria de la muerte, amargo el pensamiento de nuestras miserias, amargo el recuerdo de nuestros pasados desórdenes, amargo el trabajo de la penitencia, amargo el reconocimiento de nuestra debilidad é impotencia; amarga y desabrida es la doctrina propuesta como alimento de nuestro espíritu; pero si esos panes de cebada vigorizan nuestras fuerzas y nos dan la vida, ¿no debemos apetecerlos con ardiente deseo y comerlos con fé viva hasta saciarnos? Mas hé aquí que no hay amargura sin consuelo. Hay panes amargos, pero también hay peces.

Si los cinco panes propuestos tienen sabor áspero y amargo al estragado paladar de nuestra enfermiza naturaleza, la esperanza y la caridad tienen la virtud de suavizar toda aspereza y de dulcificar toda amargura.

Si el viento de la adversidad azota nuestro rostro, si nos envuelven las olas de la tribulación, si el dolor se acaba en nuestros corazones y taladra nuestras carnes, la esperanza y la caridad derraman en nuestro espíritu torrentes de consuelo y de fortaleza, porque está escrito: Yo pondré en medio del mar su mano siniestra, á saber: la esperanza en medio de las tribulaciones, y en medio de los ríos apaci-

bles y cristalinos pondré la mano derecha, es á saber: en medio de los bienes y prosperidades de esta vida, pondré la caridad que es paciente, benigna y misericordiosa, la caridad, hermosa virtud, divino talisman que llena de dulzuras inefables el corazón y convierte en alfombra de flores las espinas y abrojos que tapizan los caminos de la vida. Pero Dios sabe lo que nos conviene y lo que nos daña; nos conviene comer más de los cinco panes que de los dos peces.

Por ventura ¿no convino que Jesucristo padeciese y entrase por este camino en posesion de su gloria? Así nos ha dado ejemplo para que sigamos las huellas ensangrentadas de su jornada del calvario. ¿Qué son esas cinco llagas de sus manos, piés y costado sino los cinco panes que debemos comer con la consideracion y digerir con la meditacion para vivir la vida de Cristo y entrar despues en su gloria? Yo no quiero saber otra cosa ni copiar otro modelo ni amar otro bien que á Jesucristo y este crucificado.

No son peces muy sabrosos el ejemplo de los santos y el premio de los bienaventurados? ¿No comieron los Santos hasta la saciedad los panes de la tribulacion? ¿No copiaron en el lienzo de su vida la pasion y muerte de Jesucristo? ¿No fueron cómo él perseguidos y crucificados? Por eso los llamó amigos, porque vivieron atribulados y se formaron en la escuela del dolor á su imágen y semejanza. Por eso brillan en el cielo como astros en perpétuas eternidades; por eso llevan en sus cabezas coronas de oro y en sus manos hermosas palmas, porque vinieron vencedores del campo de la tribulacion y lavaron

sus almas en la sangre del cordero. ¡Dichosa consideracion! ¿Quién no querrá comer de los cinco panes amargos de esta vida para saciarse despues en el festin delicioso, dulcísimo é inefable de la eterna vida? ¿Quién rehusará sufrir un momento de dolor para gozar una eternidad de gloria? Pongamos los ojos en aquella pátria querida para atravesar animosos los ásperos caminos de este triste destierro. ¿Cuándo iremos á ver la cara de Dios y saciarnos de la abundancia de sus bienes? Ya vendrá ese día suspirado, y volaremos como la paloma á su nido á descansar eternamente en el seno de nuestro Dios.

SENTENCIAS Y PENSAMIENTOS.

Un sermón es como un espejo, en que cada uno debe ver sus defectos sin enojarse contra el predicador; así como una señora que consulta á su espejo no lo quiebra porque le manifieste alguna mancha en su rostro ó algun desaliño en el vestido.—*San Cesáreo.*

Siempre he creído que si se reformase la educacion de la juventud, se conseguiría reformar el linaje humano.—*Leibnitz.*

Yo alabo y admiro la antigua costumbre de los Lacedemonios, que solo permitian el oro y los vestidos muy ajustados á las mujeres mundanas, procurando por este medio desarraigar el lujo de las mujeres honradas y permitiéndolo solamente en las abandonadas al vicio.—*San Clemente.*

La profanidad de los trajes, los afeites del rostro y todo lo que contribuye á realzar la hermosura solamente, corresponde á las mujeres deshonestas y prostitutas, pues ningunas cuidan más de su honor. La Escritura, pintándonos una ciudad entregada á la fornicacion, nos la representa en figura de una corcesana, gallardamente vestida, y dice que sus mismos adornos la producirán su ruina.—*San Cipriano.*

El gran cuidado del adorno exterior del cuerpo es señal de la fealdad interior del alma. El andar buscando las delicias de los sentidos da á entender el hambre y esterilidad del corazon, y la afectacion de los vestidos que cubren la carne es un testimonio de la desnudez del alma.—*San Juan Crisóstomo.*

Si traes costosos y exquisitos vestidos y te presentas en público de suerte que lleses los ojos de la juventud, dando ocasion á concupiscencia, aun cuando tu no te pierdas, no podrás evitar la ruina de tus prójimos, siéndoles más perniciosa que el hierro y el veneno; y ¿tendrás entonces excusa que te disculpe? ó ¿podrás pensar que eres casta de espíritu?—*San Cipriano.*

El temor de Dios, que la fé me inspira y la caridad paterna que me anima, me obligan á exhortar no solo á las doncellas y viudas, sino tambien á las casadas, á no pintarse el rostro ó cabellos; porque dijo Dios: «Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza;» y ¿habrá quien se atreva á enmendar y alterar la obra

de Dios? Querer reformar lo que el mismo Dios ha reformado, es levantar la mano contra Dios. Todo cuanto nace es obra de Dios, y lo que se desfigura es obra de demonio.—*San Cipriano*.

=

Yo os concedo que esos disfraces no os hacen mujer impúdica en el sentido de los hombres; mas ¿no sois peor que una adúltera cuando procuráis corromper de ese modo la hechura de Dios? La pintura de que usais tira á destruir la obra del Señor, y á alterar la verdad y sencillez de la naturaleza. Imitais los ojos encendidos de la serpiente, y como copias al diablo, que es vuestro enemigo, los artificios que empleais en adornaros, algun día arderéis con él en el abismo.—*San Cipriano*.

—

No debe salirse de vosotras el olor de los perfumes, sino la fragancia de la virtud.

No hay cosa más impura ni más infesta que el alma de aquellas personas que llevan el cuerpo cuidadosamente perfumado. A la verdad, el gran cuidado de perfumar el exterior es señal de un interior lleno de peste y currupcion.—*San Juan Crisóstomo*.

—

¿No es cosa ridícula ver entrar en la Iglesia algunas mujeres tan adornadas y compuestas? No es burlarse de Dios venir cubiertas de oro y pedrería á un lugar á donde vienen á aprender que no deben las cristianas adornarse ni llevar suntuosos vestidos? Venís á la Iglesia á insultar á los Santos Apóstoles? Venís á decir á San Pablo que aunque repitiera

mil veces la misma doctrina, no la habeis de seguir ni mudar de conducta?—*San Juan Crisóstomo*.

—

Adornaos ¡oh! mujeres con las virtudes que os enseñan los Apóstoles y los Profetas, sujetad vuestra cerviz al marido y estareis bastante adornadas: ocupad vuestras manos con el trabajo, fijad vuestros piés en vuestra casa, y seréis á vuestros esposos más agradables que si brillarais con oro y piedras preciosas: vestid la seda de la probidad; el lino puro de la santidad; y así adornadas, será vuestro amante Jesucristo.—*Tertuliano*.

—

Yo te he constituido para que arranques y destruyas, para que edifiques y plantes. No se puede edificar el bien hasta haber destruido el mal, ni plantar en la tierra árboles buenos hasta haber arrancado los malos.—*San Jerónimo*.

—

No hay cosa más peligrosa para un Obispo en la presencia de Dios, ni más indecorosa en la de los, que el no tener valor para decir su sentir con toda su libertad.—*San Ambrosio*.

—

Vos, ¡oh emperador! correriais el mismo riesgo que yo delante de Dios, si yo callara; más ahora participareis del mismo bien que yo hago hablando con la debida libertad; y no me tengais por un importuno que se mezcla en donde no tiene que hacer, pues en esto cumplo con mi obligación y obedezco á los preceptos del Señor, en cuyo desagrado hay mucho mayor peligro que en el de un emperador.—*San Ambrosio*.

La púrpura puede hacer príncipes, pero no sacerdotes.—*San Ambrosio ó Teodosio.*

¡Ah! hasta de poco tiempo á esta parte no he sabido la diferencia que hay entre el sacerdocio y el imperio. Apenas he podido hallar un hombre que me enseñase la verdad, ni he conocido otro que Ambrosio que lleve con justo título el nombre de Obispo.—*El emperador Teodosio.*

VARIEDADES.

En Colombia el delegado apostólico Monseñor Agnozi ha empezado ya la fundación de una universidad católica, nombrando el redactor, los miembros de la facultad y los de la comisión administrativa. La caridad de los fieles colombianos sostendrá los gastos de este instituto.

Se ha recibido de Sidney, capital de la Australia, una relación de los progresos que ha hecho el catolicismo en aquella archidiócesis durante el último decenio de 1873 al 83.

Resultado de esta relación que había en 1873:

Católicos. 44,828

Iglesias y capillas. 82

Escuelas católicas. 52

Alumnos de estas escuelas. 7,297

Ahora, esto es, diez años después, en 1883:

Católicos. 78,516

Iglesias y capillas. 126

Escuelas católicas. 108

Alumnos de las mismas. 15,026

Estas cifras son muy elocuentes y responden á los denigradores de las misiones católicas, los cuales aun en

estos días han llegado á escribir en algunos periódicos liberales que la Propaganda no recoge ningun fruto, ó poquísimos, de sus misiones.

En las Vegas (Nuevo Méjico) se ha convertido al catolicismo el general Pitcairn uno de los más ilustres hijos de dicha República.

LA CARIDAD DEL POBRE.

Uno jóven viuda llamada Doña Leonor, que poseía un buen caudal, y dueña á la vez de una hermosa hacienda, acababa de perder su hija única á la edad de cinco años. ¡Desgracia de los ricos tener que envidiar á los pobres sus numerosos hijos y aburrirse en medio de sus riquezas, que no tienen heredero forzoso! Para consolarse la pobre señora, iba con frecuencia al cementerio á llorar sobre la tumba de su hijita.

Un día, al pasar por junto á la fosa de los pobres, vió á una anciana y una niña de la misma edad que la hija que acababa de perder: estaban arrodilladas y llorando al pié de una modesta cruz de madera. Doña Leonor se detuvo á vista de aquel cuadro tan sencillo como tierno. Cuando concluyeron aquel piadoso deber, se acercó á ellas, acarició á la pobre niña, y preguntó á la anciana por su suerte. Esta le refirió que la madre de aquella niña había muerto hacía dos meses, siguiendo á la tumba á su marido, que había muerto un año antes. La viejecita, vecina y amiga de esta familia, no había querido abandonar á la pobre huérfana, con la cual partía su pan, aunque no estaba, muy sobrada de él.

—Lo que siento es, decía, cogiendo entre sus manos la hermosa cabeza de la niña, lo que siento es que yo soy ya muy anciana, y cuando muera, no sé lo que va á ser de mi pobrecita Julia!

—¡Julia! ¡se llama Julia! dijo doña Leonor. Cabalmente era el nombre de mi querida hijita!

Enternecida y profundamente conmovida con tal coincidencia y con la relación de la pobre viejecita, le dijo si quería irse con ella. Doña Leonor adoptó á la niña en memoria de su hija, llevándose á su casa la pobre vieja quien recibió de este modo, y aun en vida, el premio de su buena acción.



LA HONRADEZ DE UN POBRE.

Viajaba no hace mucho tiempo un caballero en carruaje propio, y á poco trecho de una posada donde habia hecho alto para dar de comer á su caballo, vió á un pobre viejo al borde de un campo, que le presentó un sombrero diciéndole.

—Buen señor nna limosna por el amor de Dios.

Nuestro caminante sacó del bolsillo del chaleco una moneda y se la echó al pobre, continuando su marcha. No habia dado cincuenta pasos cuando oyó correr tras él á un hombre que gritaba: ¡caballero! ¡caballero! pare V.

—Me gusta, decía para sí al oírle; le he dado de limosna una pieza que encontré en el bolsillo, y aun no está contento!

Y sin hacer caso dió un latigazo al caballo, que salió al galope hasta que llegó á otra posada.

Cuando creyó que su caballo habia descansado, mandó enganchar y se disponia á partir cuando de repente un hombre anhelante y lleno de sudor se lanzó delante del carruaje. Este hombre no era otro que el pobre de antes.

—¿Qué quereis? le dijo impaciente el señor, os he dado ya limosna; dejadme en paz.

—Perdonad, le dijo el pobre, me habeis dado un doblon, y yo no creo que vuestra intencion haya sido darme tanto dinero: os habéis equivocado echando una moneda por otra y vengo á devolvéroslo.

En efecto, lo que habia sucedido era que habia mudado el caballero las monedas de oro de un bolsillo del chaleco á otro y le habia dado equivocadamente un dobloncito de oro por dos cuartos. El pobre, al ver ensu sombrero una moneda de oro, creyó con razon que se habia equivocado, y no teniendo derecho á aquella moneda habia corrido en busca de su verdadero dueño para devolvérsela.

Este rasgo tan admirable conmovió profundamente al señor del carruaje, y prendado de tanta delicadeza y providad, tanto más apreciable cuanto mayor era la miseria de aquel infeliz, le dijo:

—Guardad, querido amigo, el dinero; Dios ha querido presentaros una ocasion para probar vuestra rectitud y fidelidad: guardadla, y doy á Dios las gracias por haberme proporcionado esta hermosa ocasion de recompensar vuestra virtud.